



**CORMAC  
McCARTHY**  
Suttree

Knoxville, Tennessee, década de 1950. La novela relata algunos años de la vida del héroe que da nombre a la novela, Cornelius Suttree, un hombre que deja atrás su vida de familia acomodada, abandona a su mujer y se compra una barcaza, en la que vivirá, para convertirse en pescador uniéndose a una banda de vagabundos, ladrones, prostitutas, jugadores y demás parias cuya vida transcurre entre la mera supervivencia y una muerte sórdida. El protagonista comparte los rasgos tradicionales de los héroes de McCarthy: es un solitario impenitente, acaba presa de un aislamiento que nunca se explica del todo y el momento de la vida en que se encuentra se describe con una crudeza y una intensidad poética que elude todo análisis. Así, la vida de Cornelius Suttree se convierte en el relato de una vida anónima, sin compromisos, que explora la existencia en sus formas más rudas de un modo que no está exento de lirismo, para acabar convirtiéndose en una reflexión sobre la identidad y la ausencia de propósitos en la vida. Sin armazón narrativo muy elaborado, Suttree es una construcción hecha a base de episodios que dejan una huella indeleble en la memoria. Se ha comparado a esta obra con *Las aventuras de Huckleberry Finn* por la omnipresencia del río, pero también con *Ulises* de Joyce, por su prosa, e incluso el *Infierno* de Dante por el descenso al infierno que representa.

El autor quiere expresar su agradecimiento a la American Academy of Arts and Letters, a la Rockefeller Foundation y a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation.

**Q**uerido amigo, ahora en estas horas polvorientas sin reloj de la ciudad en que las calles quedan negras y humeantes al paso de los camiones de riego y ahora que los borrachos y los sin techo se han atrincherado en callejones o solares abandonados y que los gatos van flacos y tiesos de hombros por los ámbitos sombríos, ahora en estos corredores hollinientos de adoquín o ladrillo donde las sombras del tendido eléctrico convierten puertas de sótano en un arpa gótica, ni un alma caminará excepto tú.

Viejos muros de piedra que la intemperie no ha desaplomado, huesos fósiles alojados en sus estrías, escarabajos calizos aplastados en el lecho de lo que fue un mar interior. Oscuros árboles entecos más allá de ese enrejado donde los muertos tienen su propia y reducida metrópoli. Extraña arquitectura de mármol, estelas y obeliscos y cruces y pequeñas losas erosionadas por la lluvia donde los nombres se van borrando con los años. Tierra rica en muestras del oficio de fabricar ataúdes, huesos polvorientos y seda podrida, el sudario manchado de carroña. Bajo la luz azulada del alumbrado, las vías del tranvía corren hacia lo oscuro, curvadas como espolones de gallo en el crepúsculo de similar. El acero rezuma el calor de la jornada, uno lo nota a través de la suela de los zapatos. Más allá de estas paredes acanaladas de almacén siguiendo arenosas callejuelas donde automóviles reventados reposan mohínos en sus pedestales de hormigón de escoria. A través de madrigueras de zumaque y hierba carmín y madreSelva marchita que dan a los terraplenes de arcilla estriada del ferrocarril. Cepas gri-

ses que miran a la izquierda en este hemisferio norte, lo que las tuerce moldea también la concha de la caracola. Malas hierbas brotan del hormigón y el ladrillo. Una pala mecánica erguida en solitario abandono contra el cielo nocturno. Cruza aquí. Junto a eclisas y carriles de cruzamiento donde unas locomotoras tosen como leones en la oscuridad del apartadero. Hacia una ciudad más oscura, pasando junto a faroles cegados a pedradas, torcidas cabañas que humean y perros de porcelana y neumáticos pintados donde crecen flores sucias. A través de empedrados corroídos por la ruina, el lento cataclismo del descuido, los cables que se comban de poste a poste entre las constelaciones engalanadas de cordel de cometa, de bolas hechas con botellas trabadas o de juguetes para niños pequeños. Campamento de los condenados. Barrios donde quizá acechan purulentos leprosos sin campanilla. Una luna de latón ha salido sobre el calor y el inverosímil perfil de la ciudad y las nubes pasan por delante como tinta aguada. Los edificios estampados contra la noche forman una muralla frente a un mundo más lejano y abandonado, viejas metas olvidadas. Campesinos venidos de muy lejos con la tierra pegada a sus zapatos para sentarse mudos en la plaza del mercado. Esta ciudad construida fuera de todo paradigma conocido, arquitectura mestiza, relectura de las obras del hombre en un sucinto croquis de desorden aberrante y demencia. Un carnaval de formas erigidas sobre el valle que ha chupado la savia de la tierra en muchos kilómetros a la redonda.

Muros de fábricas de viejo ladrillo oscuro, rieles de una línea de derivación asfixiada de maleza, un flujo de inmun-das aguas azules en cuya corriente se mecen negros filamentos de escoria innombrable. Chapas de hojalata y no solo cristal en los marcos oxidados de ventanas. Hay un rictus en forma de luna en el globo de la farola allí donde una piedra ha golpeado y de esa abertura va cayendo una fina lluvia de esas mismas formas, socarradas y exánimes, entre la espiral constante de insectos en ascenso.

*En la desembocadura del arroyo los campos descienden hacia el río, el barro forma un delta y se desprende de su abundante aluvión de huesos y desechos horrendos, un pedo de madera de embalaje y condones y mondaduras. Viejas latas de conserva y desvencijados artefactos domésticos surgen del marasmo fecal de los bajíos como mojonos en el valle sin caminos de la demencia precoz. Un mundo desprovisto de toda fantasía, malévolo y tangible y disociado, las bombillas fundidas como pólipos rapados, semitranslúcidas y de una palidez de calavera bamboleándose ciegas y ojos de aceite espectrales y aquí y allá las pestilentes formas varadas de humanos fetales hinchados como pajaritos de ojos de luna y azulados o de un gris añejo. Más allá, en lo oscuro, el río corre pesado y haragán hacia mares meridionales, alejándose de los maizales arrasados por la lluvia y de los cultivos míseros y de los jardines margosos de los aparceros del norte, arañando el cauce como polvo de huesos, pletórico de pasado, sueños disipados de alguna manera en el agua, pero nada perdido. Las casas flotantes se mecen en sus guindalezas. La marea muerta que bordea las márgenes flota acostillada y lustrosa como el lomo cavernoso de algún animal inmensamente hundido y más allá la campiña se extiende hacia el sur y las montañas. Donde cazadores y leñadores solían dormir con las botas puestas a la luz mortecina de sus millares de lumbres y hacían su camino, viejos antepasados teutónicos de ojos incandescentes por la luz visionaria de una rapacidad masiva, oleada tras oleada de violentos y perturbados, provistos sus cerebros de análogos sin rastro de todo lo que fue, arios enjutos con su abrogado cancionero semítico representando de nuevo los dramas y parábolas contenidos en él, descuidados y pálidos con una nostalgia que nada salvo el total restablecimiento de la oscuridad podría apaciguar.*

*Henos aquí en un mundo dentro del mundo. En estas regiones foráneas, estos hostiles sumideros y páramos intersticiales que los justos ven desde el vagón o el coche,*

*otra vida sueña. Deformes o negros o perturbados, fugitivos de todo orden, extranjeros en cualquier país.*

*La noche está en calma. Como un campo antes de la batalla. La ciudad acosada por una cosa desconocida: ¿vendrá del bosque o del mar? Los centinelas han amurallado el recinto, las puertas están cerradas, pero ved, la cosa está dentro, ¿adivináis su forma? ¿Cuál es su escondite o cuál el relieve de su cara? ¿Es una tejedora quizá, lanzadera sangrante a través de un túnel del tiempo, una urdidora de almas en la trama del mundo? ¿O una cazadora con sus perros, o tiran caballos famélicos de su coche fúnebre por las calles y ella va anunciando a cada cual su oficio? Querido amigo, es preferible no recrearse en ella pues así precisamente es como se le invita a entrar.*

*Lo demás es tan solo silencio. Ha empezado a llover. Llovizna de verano, se la ve caer sesgada a la luz de las farolas. El río yace en un grial de quietud. Desde el puente el mundo se ve como una ofrenda de simplicidad. Curioso, ya no. Allá abajo, en criptas de luz caída, un gato se deja ver de piedra en piedra sobre adoquines de un negro líquido y zurcido en veloces antípodas sobre la calle oscura de lluvia para desvanecerse gato y contragato en las obras agrietadas de más allá. Pálidos relámpagos estivales río abajo. Un telón se levanta sobre el mundo occidental. Una fina lluvia de hollín, escarabajos muertos, pequeños huesos anónimos. La concurrencia está envuelta en una telaraña de polvo. En los alvéolos vaciados del cráneo del interlocutor duerme una araña y los despojos del bufón se balancean a merced de las moscas, péndulo óseo en traje de payaso. Seres de cuatro patas van y vienen sobre las tablas. Las formas más primitivas sobreviven.*

**M**irando hacia el agua donde el sol de la mañana moldeaba ruedas de luz, diademas en abanico donde quedaban atrapados cada ramita, cada grano de sedimento, largas escamas y briznas de luz en el agua polvorienta desliziándose como luces estroboscópicas donde se retorcían y filtraban átomos. Una mano cuelga sobre la falca y el hombre está tumbado de través en el bote, arrancando repetidos hoyuelos a la superficie del agua con la puntera de una zapatilla de deporte mientras la embarcación se mece suavemente, pasando a la deriva bajo el puente y frente a los puntales manchados de fango. Bajo la alta arcada fresca y los oscuros recovecos del almacén donde zurean palomas y sus aleteos resuenan en remedo de aplausos. Atento a esas bóvedas catedralicias de nudos de madera fósiles y de clavos pseudomórficos en el hormigón gris, siguiendo la corriente, la sombra sesgada del puente proyectada a lo ancho del río con esa ilusión de celeridad propia de los antiguos pilotos de competición congelados en placas fotográficas, las ruedas elípticas por la velocidad. Estas sombras toman forma en el bote, se adaptan a su figura yacente y pasan de largo.

Con la barbilla apoyada en el pliegue del brazo observaba indolente los fenómenos de superficie, una charca de aguas residuales dotada de movimiento propio, grumos grises de innumerables detritus y condones amarillos emergiendo de las tinieblas en lentas evoluciones cual trematodos o tenias gigantes. La cara del observador corría junto a la embarcación, un semblante sepia haciendo guiños en el

verdín, ojos extraviados y mueca fofa. Una vira se arrollaba perezosamente a la superficie del río como si algo invisible se hubiera agitado en las profundidades y pequeñas burbujas de gas hacían erupción en espectros oleosos.

Debajo del puente se incorporó, agarró los remos y empezó a bogar hacia la orilla sur. Una vez allí hizo virar el bote, reculando hacia una pequeña salceda, y yendo a popa tiró de una sogá gruesa que se metía en el agua desde un tubo metálico clavado en el barro de la ribera. Hizo pasar aquella por un tolete fijado al espejo de popa. Zarpó de nuevo, remando despacio, la sogá entrando mojada y lisa por el tolete para hundirse de nuevo en el río. Como a diez metros de la orilla apareció la primera pernada, el hombre alargó la mano y la desechó. Siguió adelante, el bote en diagonal respecto a la corriente, los anzuelos entrando uno detrás de otro por el tolete con sus blanqueados trocitos de carne desmenuzada. Cuando notó el peso del primer pez izó los remos que chorreaban y agarró el sedal y lo cobró a mano. Una carpa grande surgió del agua, flanco duro y basto color de bronce y lustroso. Se afianzó con una rodilla y la izó a la barca y cortó el sedal y puso un anzuelo nuevo con un pedazo de carnada y lo arrojó por la borda y siguió adelante mientras la carpa se debatía sobre las tablas del piso.

Se encontraba en la otra orilla cuando hubo terminado de revisar el palangre. Cambió el cebo al último de los ramales y dejó ir la sogá, viéndola hundirse en el agua fangosa entre un nimbo de motas de sol, una corona irregular a través de la cual llameó brevemente el último pedazo pálido de carne rancia. Después de acorullar los remos se acomodó de nuevo sobre los bancos para tomar el sol. El bote oscilaba suavemente a la deriva. Se desabrochó la camisa hasta la cintura y se cubrió los ojos con el antebrazo. El río hablaba quedo debajo de él, río viejo de cara arrugada. Bajo la superficie en movimiento morteros y cureñas, muñones petrificados que se oxidaban en el fango, gabarras po-

dridas de una consistencia mucilaginosas. Esturiones fabulosos con sus córneos cuerpos pentagonales, carpas y siluros de reflejos cobrizos y vientre pálido y libre de psilosis, un cieno espeso lleno de cristales rotos, de huesos y latas oxidadas y fragmentos de loza trenados de rajadas negras de fango. Al otro lado del río los riscos de caliza se levantaban grises y vagamente afacetados, adornados de hierba que formaba delgadas fallas verdes transversales. Allí donde se cernían sobre el río daban una sombra fresca y la superficie lisa y oscura reflejó cual pequeña estrella blanca la forma de un chorlito que flotaba en las corrientes ascendentes a escasa distancia del risco. Bajo el banco de la barca un siluro nadaba en seco e intransigente, su cara chata pegada al mamparo.

Al pasar por la desembocadura del arroyo levantó una mano y la agitó lentamente. Las viejas negras floreadas y encasquetadas se volvieron como un jardín batido por el viento con sus bastones subiendo y bajando y sus brazos alzándose oscuros y al azar y su chillona y bárbara indumentaria ondeando al viento. Detrás, la forma de la ciudad tenía un aspecto mellado, tenso, martilleada de oscuridad y humeante contra un cielo de porcelana. La orilla pringosa se extendía irregular y reluciente bajo el calor y ningún sonido enturbiaba el solitario mediodía de verano.

Bajo el puente de caballete del ferrocarril se dispuso a tender el otro sedal. El agua estaba tibia al tacto y tenía la lubricidad granular del granito. Era mediodía cuando terminó y se puso un momento de pie en el bote examinando sus capturas. Regresó aguas arriba remando despacio mientras los peces forcejeaban en medio de aguas grises en el lecho de la barca, sus suaves barbos rozando con mucho asombro las tablas resbaladizas y sus lomos, arqueados al sol, desprovistos ya de sangre y pálidos. Los toletes de latón crujían en sus bloques y el agua del río se apelotonaba viscosa bajo la tablazón de proa dejando una estela como de fango arado.

Salió a remo de la sombra de los riscos y pasó frente a la empresa de arena y grava, dejó atrás solares áridos y polvorientos donde unos rieles corrían sobre una capa de escorias y varios furgones se oxidaban en sus vías muertas, costeano almacenes de uralita asentados en explanadas de una tierra color de adobe donde romboides y volutas de piedra caliza sobresalían manchados de barro como enormes huesos erosionados. Estaba cruzando hacia la otra orilla cuando vio las barcas de salvamento pegadas a la ribera. Estaban peinando el canal mientras una pequeña multitud observaba desde tierra firme. Dos barcos blancos ligeramente velados por la calina y el indolente humo azul de sus tubos de escape, ronroneo de motores que transmitía la calma del río. Cruzó y remó aguas arriba hasta el borde del canal. Las barcas estaban a la misma altura y una de ellas había apagado el motor. Los del equipo de rescate llevaban gorras de marino y se veían serios en su quehacer. Cuando el pescador pasó a su altura estaban subiendo a bordo un hombre muerto. Estaba muy tieso y parecía un maniquí, de no ser por la cara. Blanda e hinchada, la cara lucía un gancho cogido a un costado y una sonrisa de loco. De esta guisa lo izaron, aperchado de un pómulo. Una herida incruenta. El muerto pareció protestar en su rigidez, la cabeza al sesgo. Lo subieron a cubierta donde quedó tendido en su empapado traje a rayas y sus calcetines color limón mirando estrábico a los rescatadores, el gancho en la cara, como un burdo homúnculo acuático atrapado en una pesca a flor de agua y a quien la luz del día del Señor hubiera matado instantáneamente.

El pescador pasó de largo y arrimó el bote a la orilla más arriba de la multitud. Puso una piedra sobre la cuerda y bajó para mirar. La barca de rescate estaba atracando y uno de los del equipo se había arrodillado sobre el cadáver tratando de arrancar el arpeo. La gente le estaba observando y él sudaba con el esfuerzo. Finalmente apoyó el zapato en el cráneo del muerto y tiró del gancho con ambas ma-

nos hasta que se soltó arrastrando consigo un fibroso pedazo de carne blanquecina.

Lo llevaron a tierra en una litera de lona y lo depositaron sobre la hierba, donde quedó mirando al sol con aquellos ojos secos y aquella sonrisa. Un enjambre de moscas se había congregado ya en el aire insípido. Los operarios cubrieron al muerto con una burda manta gris. Le asomaban los pies.

El pescador se disponía a partir cuando alguien de entre la multitud le agarró del codo.

Hola, Suttree.

Se volvió.

Qué tal, Joe, dijo. ¿Tú lo has visto?

No. Dicen que se tiró ayer noche. Encontraron sus zapatos en el puente.

Miraron al muerto. El equipo de rescate estaba arrollando las cuerdas y ocupándose de sus cosas. La gente había formado corro como en un entierro y el pescador y su amigo se encontraron pasando frente al muerto como para rendirle sus respetos. Allí estaba en calcetines amarillos, las moscas cubriendo la manta, y una mano estirada en la hierba. Llevaba el reloj en la parte interior de la muñeca como hacen o hacían algunas personas y Suttree se fijó con un sentimiento que no pudo definir en que el reloj del muerto todavía funcionaba.

Qué mala manera de palmarla, dijo Joe.

Vámonos.

Caminaron por el cisco que bordeaba la vía del tren. Suttree se frotó pensativo un músculo que palpitaba ligeramente en su quijada.

¿Hacia dónde vas?, dijo Joe.

Me quedo aquí. Tengo la barca ahí abajo.

¿Todavía pescas?

Sí.

¿Cómo es que te aficionaste a eso?

No lo sé, dijo Suttree. En su momento me pareció una buena idea.

¿Vas alguna vez a la ciudad?

De vez en cuando.

¿Por qué no te pasas una noche por el Corner y tomamos una cerveza?

Me pasaré un día de estos.

¿Has pescado hoy?

Sí. Un poco.

Joe le estaba observando.

Oye, dijo. Podrías mirar si te contratan en Miller's. Brother dijo que necesitaban a alguien en la sección de zapatos para hombre.

Suttree miró al suelo sonriendo y se secó la boca con el dorso de la muñeca y alzó de nuevo la vista.

Me parece, dijo, que de momento seguiré una temporada en el río.

Bien, pero pásate un día de estos.

Descuida.

Levantaron cada cual una mano a modo de despedida y él vio alejarse al muchacho por la vía y luego cruzar los campos hasta la carretera. Suttree bajó hasta la barca y recogió el cabo y lo lanzó adentro y zarpó de nuevo. El muerto seguía tendido en la ribera bajo la manta, pero la gente había empezado a desperdigarse. Remó hacia el centro del río.

Dirigió el bote hasta el puente y una vez debajo desarmó los remos y se sentó a mirar los peces capturados. Eligió un siluro azul y lo levantó por las agallas, apoyando el dedo pulgar en la blanda garganta amarilla. El pez se agitó una vez y quedó inmóvil. Los remos goteaban en el río. Se apeó de la barca y la amarró a un poste y ascendió por la ribera pelada y resbaladiza hacia los arcos donde el puente se hincaba en la tierra. Una gruta oscura bajo la bóveda de hormigón con piedras apiladas junto a la entrada y un rótulo de prohibido el paso pintado de cualquier manera en le-

tras amarillas sobre una roca grande. Una lumbre ardía en un montón de piedras sobre la arcilla fétida y sin sol y frente a ella había un viejo en cuclillas. El viejo levantó la vista y volvió a mirar a la lumbre.

He traído un siluro, dijo Suttree.

Murmuró algo y agitó ligeramente la mano. Suttree dejó el pescado en el suelo y el viejo lo miró de soslayo y luego hurgó las brasas del fuego.

Siéntate, dijo.

Suttree se acuclilló.

El viejo contempló las llamas finas. Sobre sus cabezas pasaba el tráfico en lento y amortiguado rumor. Unas patatas se socarraban en la lumbre y abrían sus chamuscadas pieles entre silbidos graves como pequeños organismos que expiraran en los rescoldos. El viejo las rescató del fuego alanceándolas, uno, dos, tres pedruscos negros y humeantes. Las agrupó en un tapacubos oxidado. Cógete una, dijo.

Suttree levantó una mano. No dijo nada porque sabía que el viejo lo repetiría tres veces y que tenía que racionar sus negativas. El viejo había inclinado una lata que despedía vapor y estaba mirando dentro. Un puñado de alubias hervía en agua de río. Alzó sus malogrados ojos y miró desde la viga de hueso empenachado que los protegía. Ahora te recuerdo, dijo. De cuando eras muy pequeño. Suttree no lo creía posible pero asintió. El viejo solía ir de puerta en puerta y sabía hacer hablar a las muñecas y los osos de peluche.

Vamos, coge una patata, dijo.

Gracias, dijo Suttree. Ya he comido.

Un vapor crudo surgió del harinoso meollo de la patata que partió con las manos. Suttree dirigió la vista al río.

Me gusta la comida caliente, ¿a ti no?, dijo el viejo.

Suttree asintió con la cabeza. Frondas arqueadas de zumaque temblaban en el calor del mediodía y unas palomas reñían y arrullaban en los tímpanos nervados del puente. La

tierra umbría donde estaba agachado despedía el olor rancio de una cripta.

¿Le ha visto saltar, a ese hombre?, dijo Suttree.

El otro negó con la cabeza. Trapero viejo de mofletes chupados y temblorosos.

He visto que rastreaban, dijo. ¿Lo han encontrado?

Sí.

¿Cómo es que saltó?

No creo que haya dado explicaciones.

Yo no lo haría. ¿Y tú?

Supongo que no. ¿Ha ido a la ciudad esta mañana?

No, qué va. Me encontraba demasiado mal.

¿Qué le pasa?

Y yo qué sé. Dicen que la muerte viene por la noche como los ladrones. Que no la pille yo, porque le parto el pescuezo.

Mientras no se tire del puente...

No lo haría por nada del mundo.

Siempre saltan cuando hace calor, o eso parece.

Pues dicen que la cosa va a peor, dijo el trapero. Lo han anunciado.

¿Ha venido a verle esa chica?

Nadie ha venido a verme.

Estaba comiendo las alubias directamente del bote con una cuchara de latón.

Hablaré otra vez con ella, dijo Suttree.

Bueno. Me gustaría que cogieras una patata de esas.

Suttree se puso de pie.

He de irme, dijo.

¿A qué viene tanta prisa?

Debo irme.

Vuelve otro día.

Bien.

Se había levantado viento y al zarpar de nuevo apuntaló los pies en los montantes de la popa y remó con todas sus fuerzas. Las tablas mal ensambladas habían embarcado